

Francisco Fernández Carvajal

14 de agosto

VÍSPERA DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARIA

— La Virgen Nuestra Señora, *Arca de la Nueva Alianza*.

— La esperanza del Cielo.

— Vale la pena ser fieles.

I. *¡Qué pregón tan glorioso para Ti, Virgen María! Hoy has sido elevada por encima de los ángeles y con Cristo triunfas para siempre*¹.

La *Primera lectura* de la Misa², en la Vigilia de esta Solemnidad, nos recuerda el pasaje del Antiguo Testamento que narra el traslado del Arca de la Alianza a su lugar definitivo. David convocó a todo Israel, ordenó a los sacerdotes que se purificasen para el traslado, nombró cantores y músicos para que la procesión tuviera el mayor realce posible y, en medio de una alegría incontenible, el Arca fue trasladada y colocada en medio del Tabernáculo preparado para tal fin en la ciudad de David. Encontró su reposo en el monte Sión, que Dios mismo había elegido para su perpetua morada³.

El Arca era el signo de la presencia de Dios en medio de su Pueblo; en su interior se guardaba su Palabra, reseñada en las *Tablas de la Ley*⁴. Se menciona hoy este pasaje porque María es el *Arca de la Nueva Alianza*, en cuyo seno habitó el Hijo de Dios, el Verbo, la Palabra de Dios hecha carne, durante nueve meses⁵, y con su Asunción a los Cielos encontró su morada definitiva en el seno de la Trinidad Santísima. Allí, «llevada en medio de aclamaciones de alegría y de alabanza, fue conducida junto a Dios, colocada en un trono de gloria, por encima de todos los santos y ángeles del Cielo»⁶.

El Arca del Antiguo Testamento estaba construida con materiales preciosos, revestida de oro en su interior; en el caso de María, Dios la llenó de dones incomparables, y su belleza externa era reflejo de esta plenitud de gracia con que había sido adornada⁷. Así correspondía a la nueva morada de Dios en el mundo.

No olvidemos hoy que el Arca era para los judíos un lugar privilegiado donde Dios escuchaba sus oraciones: *mi Nombre estará allí*, se lee en el *Libro de los Reyes*⁸. María, *Arca de la Nueva Alianza*, es también el lugar privilegiado donde Dios escucha nuestras plegarias. Con la ventaja de que Ella suma su voz a la nuestra. Acudir a Nuestra Señora no solo es el mejor medio para ser atendidos por Dios, sino que Ella misma, desde el Cielo, intercede y endereza nuestras súplicas cuando no andan del todo bien encaminadas: «asunta a los Cielos (...), continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna»⁹, reafirma el Concilio Vaticano II.

«En cuerpo y alma ha subido a los Cielos nuestra Madre. Repítele que, como hijos, no queremos separarnos de Ella... ¡Te escuchará!»¹⁰. Madre nuestra, Tú que estás en cuerpo y alma tan cerca de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo, no nos dejes de tu mano... No me dejes... no los dejes, Madre mía. ¡Qué seguridad tan grande nos da en todo momento la devoción a la Virgen Santísima! Ella nos escuchará siempre en cualquier circunstancia en que nos encontremos.

II. Cuando Jerusalén fue destruida por los ejércitos de Babilonia, el profeta Jeremías se llevó el Arca, según cuenta una antigua tradición judía, y la escondió en algún lugar secreto. Ninguna noticia se tuvo jamás del Arca. Solo San Juan nos dice que la vio en el Cielo, según recoge una de las *Lecturas* de la Misa de mañana, con clara referencia al cuerpo santísimo de Nuestra Señora: *Se abrió el templo de Dios en el Cielo y el Arca de su Testamento fue vista en su templo*¹¹. «Nadie puede decirnos con seguridad cuándo y dónde, ni de qué manera, dejó la tierra la Virgen. Pero sabemos dónde está. Cuando Elías fue llevado al Cielo, los hijos de los profetas de Jericó preguntaron a Eliseo si podían salir a buscarle. “Es posible le dijeron que el espíritu del Señor le haya transportado a lo alto de una colina o le haya dejado en alguna hendidura de los valles”. Eliseo consintió a regañadientes, y cuando volvieron de su búsqueda infructuosa, les recibió con estas palabras: *¿No os había dicho que no fuerais?* (2 Rey 2, 16-18). Lo mismo sucede con el cuerpo de la Santísima Virgen. En ningún lugar de la cristiandad oiréis ni siquiera un rumor acerca de él. Hay tantas iglesias en todas partes del mundo que afirman con entusiasmo que poseen las reliquias de este o aquel

santo... ¿Quién puede decirnos si San Juan Bautista descansa en Amiens o en Roma? Pero nunca de Nuestra Señora. Y si alguno de vosotros confiaba aún en encontrar tan inestimable tesoro, el Santo Padre hace un tiempo ordenó terminar la búsqueda. Sabemos dónde está su cuerpo: en el Cielo.

»Naturalmente, lo sabíamos ya antes»¹². El Papa Pío XII, el 1 de noviembre de 1950, definía como dogma de fe que «la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial»¹³. Pero desde los comienzos de la fe, los cristianos tuvieron el convencimiento de que Santa María no experimentó la corrupción del sepulcro, sino que había sido llevada en cuerpo y alma a los Cielos. Como escribe un antiguo Padre de la Iglesia, «convenía que Aquella que en el parto había conservado íntegra su virginidad, conservase sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Convenía que Aquella que había llevado en su seno al Creador hecho niño, habitara en la morada divina. Convenía que Aquella que había visto a su Hijo en la Cruz, recibiendo así en su corazón el dolor de que había estado libre en el parto, lo contemplara sentado a la derecha del Padre. Convenía que la Madre de Dios poseyera lo que corresponde a su Hijo, y que fuera honrada como Madre y Esclava de Dios por todas las criaturas»¹⁴.

La Asunción de Nuestra Señora nos llena de alegría y nos alienta en ese camino que nos falta por recorrer hasta llegar al Cielo. Ella nos da ánimo y fuerzas para alcanzar la santidad a la que por vocación hemos sido llamados. Para eso, es necesario que luchemos para ser buenos hijos de Dios, «que procuremos mantener el alma limpia, por la Confesión sacramental frecuente y por la recepción de la Eucaristía. De esta manera, también llegará para nosotros el momento de subir al Cielo. No del mismo modo que la Santísima Virgen María, porque nuestros cuerpos conocerán la corrupción del sepulcro debida al pecado. Sin embargo, si morimos en la gracia de Dios, nuestras almas irán al Cielo, quizá pasando antes por el Purgatorio para adquirir el traje nupcial que es indispensable para entrar en el banquete de la vida eterna, la limpieza necesaria para ser dignos de ver a Dios *sicuti est* (1 Jn 3, 2), tal como es. Después, en el momento de la resurrección universal de los muertos, también nuestros cuerpos

resucitarán y se unirán a nuestras almas, glorificados, para recibir el premio eterno»¹⁵. Y estaremos junto a Jesús y a su Madre Santísima, con una alegría sin término.

III. Mirando ese final feliz en la vida de la Virgen, comprendemos la alegría de ser fieles cada día. Nos damos cuenta de que «vale la pena luchar, decir al Señor que sí; vale la pena en este ambiente pagano en el que vivimos, y en el que por vocación divina tenemos que santificarnos y santificar a los demás, vale la pena rechazar con decisión todo lo que nos pueda apartar de Dios, y responder afirmativamente a todo lo que nos acerque a Él. El Señor nos ayudará, porque no pide imposibles. Si nos manda que seamos santos, a pesar de nuestras innegables miserias y de las dificultades del ambiente, es porque nos concede su gracia. Por lo tanto, *possumus!* (Mc 10, 39), ¡podemos! Podemos ser santos, a pesar de nuestras miserias y pecados, porque Dios es bueno y todopoderoso, y porque tenemos por Madre a la misma Madre de Dios, a la que Jesús no puede decir que no.

»Vamos, pues, a llenarnos de esperanza, de confianza: a pesar de nuestras pequeñeces, ¡podemos ser santos!, si luchamos un día y otro día, si purificamos nuestras almas en el Sacramento de la penitencia, si recibimos con frecuencia el pan vivo que ha bajado del Cielo (cfr. Jn 6, 41), el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, realmente presente en la Sagrada Eucaristía.

»Y cuando llegue el momento de rendir nuestra alma a Dios, no tendremos miedo a la muerte. La muerte será para nosotros un cambio de casa. Vendrá cuando Dios quiera, pero será una liberación, el principio de la Vida con mayúscula. *Vita mutatur, non tollitur* (Prefacio I de difuntos) (...). La vida se cambia, no nos la arrebatan. Empezaremos a vivir de un modo nuevo, muy unidos a la Santísima Virgen, para adorar eternamente a la Trinidad Beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es el premio que nos está reservado»¹⁶. Mientras tanto, Nuestra Madre nos ayuda desde el Cielo, cada día, en todos nuestros apuros y dificultades. No dejemos de acudir a Ella; de modo particular, en sus grandes fiestas.

¹ Antífona de entrada de la Misa vespertina. — ² Primera lectura. Cr 15, 3-4: 15-16; 16, 1-2. — ³ Sal 131, 4. — ⁴ Dt 10, 15. — ⁵ Cfr. C. POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, BAC, 3.^a ed.,

Madrid 1985. p. 160. — **6** SAN AMADEO DE LAUSANA, *Ocho homilias marianas*, coed., Cistercienses y Claretiana, Buenos Aires 1980, *Homilias* 7, p. 250. — **7** Cfr. PABLO VI, *Alocución* 17-V-1975. — **8** *1 Rey* 8, 29. — **9** CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 62. — **10** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 898. — **11** *Segunda lectura* del día 15. *Apoc.* 11, 119. — **12** R. A. KNOX. *Tiempos y fiesta del Año litúrgico*, Rialp, Madrid 1964, p. 243 — **13** Pío XII, Const. Apost. *Munificentissimus Deus*, 1-XI-1950. — **14** SAN JUAN DAMASCENO, *Homilía II en la Dormición de la Bienaventurada Virgen María*, 14. — **15** A. DEL PORTILLO, *Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad*, 15-VIII-1989, en *ROMANA*, nº 9. — **16** *Ibidem*.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.